



MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE

Rodrigo Martínez-Val Peñalosa

MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE



Primera edición: julio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Rodrigo Martínez-Val Peñalosa

ISBN: 979-13-88411-02-1

ISBN digital: 979-13-88411-03-8

Depósito legal: M-17545-2026

Editorial Adarve

C/Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi suegra, Carmita, con quien visité en numerosas
ocasiones, en la iglesia de Santa María, el Santo Cristo de
Galdo, que «sudó sangre en marzo de 1636».*

Con mi agradecimiento a todos aquellos en cuyas páginas encontré un gozo inenarrable. Seguramente se me habrá olvidado más de uno. Si, por otro lado, el avezado lector echa en falta algún nombre, puede que esté oculto en los puntos suspensivos.

Miguel de Cervantes, Benito Pérez Galdós, Jorge Manrique, Homero, Tucídides, Eurípides, Cicerón, Gonzalo de Berceo, Fernando de Rojas, San Juan de la Cruz, Lope de Vega, Quevedo, Calderón, François Villon, Molière, Shakespeare, John Locke, Julio Verne, Agatha Christie, Dickens, Mark Twain, Charles Perrault, Jean de La Fontaine, Hermanos Grimm, Hans C. Andersen, Hergé, Víctor Hugo, Goethe, Kafka, Dostoyevski, Tolstoi, Rosalía de Castro, Bécquer, Machado, Pedro Salinas, Ramón y Cajal, Ortega y Gasset, Martínez Val, Churchill, Raymond Cartier, Salvador de Madariaga, Claudio Sánchez Albornoz, Gregorio Marañón, Teilhard de Chardin, Stefan Zweig, Marqués de Lozoya, Henri Pirenne, Ramón Tamames, Hugh Thomas, Federico Jiménez Losantos, Emilio Salgari, Robert L. Stevenson, Eça de Queiroz, Mika Waltari, Conan Doyle, Enid Blyton, Alejandro Casona, Mario Vargas Llosa, Jorge Luis Borges, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez, Alejo Carpentier, Miguel Delibes, Gonzalo Torrente Ballester, Juan Carlos Onetti, John Steinbeck, Ernest Hemingway, Albert Camus, Umberto Eco, Pearl S. Buck, Arturo Pérez-Reverte, Tolkien, Georges Simenon, Marcos Chicot, José M^a y Juan Martínez-Val, José Ignacio Cebreiro, Frederick Forsyth, Ken Follett, Fred Vargas, John Grisham, Petros Márkaris, Andrea Camilleri, Ruth Rendell, Irving Wallace, Sergio Ramírez, Qiu Xiaolong, Adrian McKinty, Elvira Roca Barea, Lorenzo Silva, José Calvo Poyato, Juan Gómez Jurado, Luis Zueco, María Oruña, Toti Martínez de Lecea, José Manuel Otero, Lionel Davidson, Paul Harding, Patricia Highsmith, Edmund Crispin...

NOTA ACLARATORIA DEL AUTOR

La imagen del Cristo de Galdo (Vivero, Lugo) sudando un sudor sanguinolento en marzo de 1636, las descripciones de los caminos y lugares, los nombres de los nobles anfitriones a lo largo del camino, virreyes, presidentes y consejeros de los Consejos de Castilla y de Indias son todos reales.

La comitiva con sus tres protagonistas, los personajes secundarios (excepto los arriba señalados) y las peripecias que experimentan a lo largo de la trama son todos producto de la imaginación del autor.

Capítulo I

Héteme aquí, a la agradecida sombra de este castaño frondoso, mientras contemplo allá abajo el feraz valle donde acontecieron los sucesos cuya relación voy a narrar. Sucesos de los que daré testimonio indirecto en estos folios y que han dado lugar a este viaje que hoy comenzamos, y del que soy protagonista involuntario. Me resulta paradójico, a mí, que soy más hombre de acción que de reflexión, haber tomado la determinación de escribir. Quizá todas las andanzas que he vivido en los últimos años, y, sobre todo, en los últimos meses me hayan movido a ello.

Aunque tiempo habrá para aclarar con más detalle quién soy y por qué estoy aquí, sirva de momento desvelar que mi nombre es Alonso Martín, oriundo de Suances, a cinco leguas de Santander, y que mis peripecias vitales me han llevado a convertirme en capitán de los Tercios de Flandes.

Es un mediodía soleado; tanto, que incluso aquí, en el norte de esta España en que nacimos, hace más calor que en las tierras de la Corona, allende los Pirineos, donde he pasado la mayor parte de mis últimos tiempos.

Estamos a domingo 27 de julio del año de gracia de 1636, apenas alejados algo más de una legua de Galdo, una pequeña aldea cercana a la villa de Vivero. Se ha elegido este día para ponernos en marcha por ser el dedicado a San Pantaleón, patrón de la aldea donde vieron la luz los curiosos hechos que originaron tanta tensión, enfrentamientos e intrigas, que se precisó el concurso del obispo de Mondoñedo, el Arzobispado de Santiago y la Real Au-

diencia de La Coruña para serenar los ánimos de toda la comarca.

Preside el viaje, con la responsabilidad de llevar hasta la Corte las muchas declaraciones y otros documentos recabados en Vivero y tierras aledañas, don Esteban de Ledesma, oidor-magistrado de la Real Audiencia de La Coruña. Le tengo por hombre maduro y sensato, tras hablar con él unas cuantas veces en las últimas semanas. No muy alto y más bien enjuto, con mirada profunda y buen escuchador, como corresponde a su jerarquía y función. Como yo, tampoco es oriundo de estas tierras gallegas, que nació y se educó en Salamanca, que es tierra de muchos saberes. Tengo para mí que tiempo habrá en este viaje para conocerle mejor, ya que nuestros encuentros pasados han sido de pocas palabras, y todas ellas dedicadas a los sucesos y a la preparación del viaje.

Dada la naturaleza de los hechos y las autoridades que han intervenido en el apaciguamiento de las gentes, nos acompaña también un clérigo, don Antón Muras, párroco de la iglesia de San Francisco, de Vivero. Ha sido el primer y más directo artífice de la concordia conseguida. Don Antón, natural de Villalba, no muy lejos de aquí, es buen conocedor de la personalidad, cualidades y vicios de sus convecinos y ha podido, por ello, aplicar su sabiduría, amén de su bonhomía, al apaciguamiento general. Unos cuantos buenos sermones desde su púlpito en los últimos meses, y más de una misiva a Mondoñedo y a Santiago, han sido bálsamo salutarífico en aguas que corrían tormentosas por sumarse las supersticiones a enfrentamientos previos y a las rencillas que anidan con frecuencia en el corazón de los hombres.

Durante los primeros días nos acompañará también Miguel, un buhonero y herrero que recorre las comarcas serranas desde Mondoñedo a los grandes montes, como los he oído llamar. Él conoce los caminos, las posadas y postas, incluso alguna casa donde poder resguardarnos si nos sorprende la noche o una tormenta antes de que podamos cumplir la jornada prevista. Creo que será de gran ayuda, pues él también habla esta media lengua gallega, como don Antón, que con frecuencia se torna oscura, pero sabe

hacerse entender muy bien con nosotros. Lleva buenos cuchillos, que en estos parajes pueden ser de más valor que mi espada por la mejor agilidad con la que se pueden manejar contra lobos o alimañas, en el caso de que nos ataquen. Según Miguel, muy pocas veces en los años que lleva recorriendo estas sierras y valles ha tenido malos encuentros con las fieras, que son tímidas y temerosas de los hombres, pero guarda una buena herida en su brazo izquierdo por un zarpazo de oso que llegó antes de que su cuchillo cumpliera su destino de alcanzar el corazón del animal. Herido y aturdido llegó a una casa donde le curaron y regresó unos días después para buscar la piel del oso, que aún conserva como manta. Si narro estas peripecias aquí, a poco de principiar la relación que estoy comenzando, es porque nos las acaba de contar con detalle durante la parada del almuerzo, algo más de una hora después de despedirnos de las autoridades y del gentío tras la misa de San Pantaleón.

—Don Alonso, ¿qué hace? —me acaba de preguntar don Antón, que se ha despertado de una breve siesta.

—Estoy escribiendo mis impresiones sobre lo ocurrido en Galdo y luego en Vivero y su alfoz, tal como las he conocido. Aprovecharé para tomar nota también de los lugares por donde pasemos, de modo que pueda recordar este viaje y no me ocurra lo que me pasó tras dos batallas terribles, en Baviera y en Flandes, que perdí la memoria y sentí gran desazón. Tal parecía que mi memoria había abandonado mi mente a su suerte, revoloteando fuera de mi cerebro y dejándola sin recuerdos.

—Juicioso es —sentenció don Esteban— pero no se apure, don Alonso, que aún recuerdo a un sabio de Salamanca que, en una conversación peripatética, en mis tiempos de estudiante de leyes, nos dijo que después de golpes, caídas o grandes tensiones emocionales se podía perder la memoria. Ausencia la llaman los médicos.

—Perdonen que les interrumpa en sus sabidurías, pero por mi parte tengo muy viva la imagen del enorme oso pardo que se me plantó delante y casi me arranca el brazo —aclaró Miguel.

—Dejemos a don Alonso escribir sus andanzas —propuso don Antón—, que tiempo habrá a lo largo de estos días para que conversemos de lo divino y lo humano, y ahora no debemos conturbarle más.

—Perdónenme otra vez, sus señorías —apostilló Miguel— que yo podré platicar sin problemas sobre lo humano, pero de lo divino me abstendré las más de las veces por ser cosas de gravedad, y de teología sé poco más que la Trinidad existe.

Retomo el relato. Estos montes poblados de castaños, bajo un cielo azul, apacible y acogedor, invitan a la reflexión y a la memoria; y a la nostalgia también. En un momento volveremos a nuestras caballerías y proseguiremos el camino. No tenemos prisa, la Corte queda a muchas jornadas, me han dicho que cosa de casi un mes. No me parece demasiado a mí, que he recorrido Italia, Alemania y Flandes a pie, con largas caminatas, mucho más que esta que ahora acometemos. Pero tenemos que seguir para llegar a Ferreira de Valadouro, la herrería del Valle de Oro, antes de que anochezca, pues cuando se va la luz no se puede transitar por estos caminos estrechos, *corredoiras* las llaman aquí, por el riesgo cierto de un mal paso o de que se alteren las caballerías.

Llevamos dos caballos y cuatro mulas. Caballos para don Esteban y para mí, que estamos acostumbrados por necesidad y profesión a animales rápidos y ágiles, y mulas para don Antón y Miguel, amén de un mulo con provisiones, mantas y ungüentos para el viaje y otra mula con las mercancías de Miguel. Los ungüentos son una contribución del médico de Vivero, don Jesús, que nos dijo que, con tantos cambios de aguas, comidas y cielos, era muy posible tener calenturas, fiebres, caídas o tripas sueltas. De modo que don Jesús nos preparó un buen botiquín que nos sirva, al menos hasta llegar a la meseta donde hará calor, pero ya no habrá tantos cambios ni acechanzas.

Allá abajo veo el gran surco que deja el río Landro en los bosques umbrosos antes de abrirse paso a la ría de Vivero y besar el mar frente a Celeiro, el puerto al que llegué hace cosa de un mes desde Toulouse, en Francia.

Mirando hacia abajo desde este alto en el camino veo la iglesia de Santa María de Galdo, protagonista inerte en esta historia; algo más allá, en el fondo de la ría, el monasterio de las monjas en la *xunqueira*. A mi izquierda, como un vigía pétreo, la cresta rocosa del Monte Castelo, guardián permanente del camino que lleva de Vivero a Villalba, camino que conoce muy bien don Antón, pues lo hizo muchas veces de niño y de mozo con su padre cuando bajaba a por pescado, sal, loza y otras mercaderías para luego venderlas en su *terra cha* como él dice.

Por detrás del Monte Castelo, como una atalaya verde oscura, se yergue la Sierra de la Gañidoira, muy poco recomendable a decir de las gentes de aquí por los malhechores, las bestias y la Santa Compañía, que ya tendremos tiempo de contarla.

La última revuelta del camino que hemos dejado atrás tiene el amenazador nombre de recodo de los tres lobos, según Miguel porque es muy común ver a tres fieros lobos en cuadrilla, nunca más y nunca menos, esperando el descuido de algún animal o de algún imprudente que se adentre por estos parajes más tarde de lo debido, y se caiga y resulte herido de suerte que no se pueda defender bien. Nunca se ha oído que ataquen a hombres de buen ánimo que sepan defenderse y tengan con qué.

Mis compañeros están aparejando sus caballerías. Cortaré el relato por el momento, que bien podré proseguirlo en la posada de Valadouro donde pasaremos la noche. La posada está en manos de dos hermanas, Milagros y Estrella, ya no jóvenes, pero aún de buen ver, según Miguel. Parece que las dos estuvieron ennoviadas, pero cuando hubo que concretar los compromisos, los novios no se atrevieron con mujeres de carácter y personalidad. Según Miguel, peor para ellos y mucho mejor para los viajeros, porque las hermanas han logrado ofrecer un auténtico hogar a los caminantes, peregrinos y trapichantes que pasan por el lugar. Esta noche confirmaré o desmentiré estos buenos augurios de nuestro guía montés.

—Pongámonos en marcha —ordena don Esteban— que aún quedan varias leguas y a más de una hora por cada legua en estos

caminos monteses no es cosa de que nos dé la noche y no hayamos llegado aún a la posada de las dos hermanas.

—La posada del castaño y la vaca la llaman —dijo Miguel— pero quizás deberían llamarla La posada de las dos doncellas, por lo que verán; o, aún mejor, El zaguán del paraíso, si don Antón permite la licencia y no la considera irrespetuosa. En mis muchos años de bregar y caminar por estas tierras, no he conocido ninguna posada ni casa de huéspedes tan acogedora, hasta El Bierzo cuando menos. Lo de llamarla del castaño y la vaca va con la comarca, pero creo que hace alusión al padre de las hermanas, que era recio y fuerte, pero con tendencia a la horizontal; quiero decir a estar tumbado para dormir la siesta o para mirar el cielo tratando de vislumbrar alguna señal que le marcara el rumbo en su vida, ya que siempre andaba como perdido y sin saber muy bien lo que tenía que hacer, desde que murió su mujer, cuando la hija menor apenas contaba unos años.

Capítulo II

Miguel es un hombre curioso y singular. Habla sin parar, mezclando gallego y castellano, según él porque está acostumbrado a caminar solo muchos días seguidos y si no se oyera a sí mismo, en medio de tantos bosques y peñascos, podría empezar a ver visiones o a no distinguir lo cierto de lo imaginado. Él nunca ha visto a la Santa Compañía ni espíritus del bosque, angelicales o maléficos. Sí ha visto cómo se forma la niebla y cómo se mueve, suavemente o a latigazos, y comprende que haya quien pueda confundir eso con ánimas purgantes o fantasmas. Fuera de estos días soleados de verano, la comarca es pródiga en humedades y nieblas, en lloviznas o aguas a jarros. Todos los que formamos esta partida estamos muy agradecidos a la Providencia por tan grato como infrecuente don de disfrutar del templado verdor sin sufrir las miserias del clima ni marchar calados perennemente hasta los huesos.

Aunque he conocido a mucha gente, Miguel me hace particular gracia y me resulta entrañable. Quizás mis años de soldadesca o de aspirante a hidalguillo me han trasegado por ambientes donde no abunda el humor. Este buhonero tiene mucha sorna y mucha sabiduría popular. Conoce docenas de refranes y unos cuantos romances, de amores o de gestas. Lleva una poblada barba, que en una cara menos guasona haría respingar a más de un niño. Sus ropas están gastadas y zurcidas mil veces, pero no hieden porque tiene a buena ley lavarlas una vez por semana; puestas, si encuentra algún arroyo de agua tibia en verano o, las más de las veces, frotándolas sobre piedra o fregadero según se tercie.

Don Esteban y don Antón comenzaron el viaje con los semblantes serios; quizás por la responsabilidad de la misión que deben cumplir, por lo desusado de un viaje tan largo en verano, con pocos pertrechos y comodidades, o como consecuencia del ambiente que tuvimos durante la misa en Santa María de Galdo y los cruces de miradas y alguna que otra injuria entre los dos bandos vivarienses poco antes del momento de la partida.

A Dios gracias que estas leguas recorridas, con sus dos descansos, han servido para olvidarse un algo de aquello y aflojar el semblante en ambos. Poco se habla mientras proseguimos, salvo la incesante cantinela de Miguel; y, de momento, tampoco mucho en los descansos. Como yo no soy hablador, y mi mente está buceando con insistencia en mis recuerdos, para rescatar del posible olvido mis últimos meses, tampoco contribuyo a la conversación.

Don Esteban tiene idea de pasar por algunas villas y ciudades en las que se encontrará con conocidos con los que debe tratar cuestiones de interés; eso ha dicho, aunque no ha aclarado si son personales, relacionados con el caso que nos ocupa o con algún tema general de las Reales Audiencias. Está viudo desde hace unos años, y ha dejado a sus tres hijos, dos rapaces y una mocita, al cuidado de su cuñada Teresa en La Coruña.

A don Antón se le ve cansado y preocupado, más avejentado de lo que su biografía pueda señalar. Lleva muchos años de párroco por villas y aldeas de la comarca, y hace unos días, cuando hablábamos de los preparativos del viaje, me confesó que no siempre había tenido algo para comer y, en alguna ocasión, le apalearon por llegar tarde a dar la extremaunción a un moribundo; no por su culpa, que salió con tiempo, sino porque al mulo se le quebró una pata y él no podía ir más rápido por *corredoiras* asaltadas de maleza. De todas formas, don Antón es fuerte y nos dará auxilio espiritual en el viaje. Por supuesto, pretende hablar con los obispos que haya a lo largo del camino y con algunos señores principales para los que le han dado notas o credenciales. Aunque aprovecha el camino para rezar quedo, creo que también está haciendo un repaso a su vida, que nos ha prometido contar.

Cuando escribo estos folios ya hemos llegado a la posada de Ferreira y, efectivamente, es grande y acogedora como nos adelantó Miguel. Una señora casona, como las que hay en mi tierra santanderina; con una base de piedra y dos plantas con ladrillo, cal y madera, amén del establo, la vaquería y un *alpendre* para guardar útiles y cachivaches. Todo el camino me he estado acordando de Suances, de la vega del río hasta la torre junto al puente, o las colinas hasta Santillana del Mar. Bosques y prados, caseríos sueltos, apriscos y corrales, establos para resguardar las vacas, riachuelos de agua saltarina que parece ir burlándose de los cantos que la quieran frenar. Tierra de lluvia, esto es, torrentillos en un mundo agreste y verde. El suelo se deja ver de cuando en cuando, asomando sobre la hierba o entre la maleza a los pies de los árboles: castaños, robles y pinos, que se alternan en las vertientes diversas de los montes. Solo que, en mi tierra, la piedra que emerge de las entrañas es más grisácea y blancuzca, caliza, y aquí es entreverada de gris con negro y cristal, como los sillares que vi en Madrid, y en los palacios y monasterios de la sierra cercana a la Corte; para mí que el canon del granito es el Monasterio de El Escorial, que ya vi hace años y espero volver a ver al término de este viaje.

La relación que voy a escribir, en la medida que pueda, será cronológica. Retomo, pues, la narración tras el recodo de los tres lobos, poco después de pasar por Chavín. Dos leguas de senderos estrechos, empinados y con constantes revueltas que dejan poco que ver, apenas unos pasos a través de tan exuberante fronda. Las revueltas nos llevan a un caserío que Miguel nos anuncia como As Lobeiras, inequívoca señal de la vocación lícana de los parajes. Otra legua más nos lleva a Vilacampa. Seguimos por *corredoiras* asilvestradas, luchando contra los arañazos de árboles y arbustos, pero ya no es todo cuesta arriba. En el caserío de Vilacampa hacemos un pequeño descanso, para que jinetes y cabalgaduras reposen y se refresquen. Don Antón es el que más se desvela por llegar y descansar, porque tiene la espalda muy trabajada y las posaderas se le quejan de la dureza y los vaivenes del mal asiento. Desde Vi-

lacampa a Ferreira el camino mejora algo; ya es casi a nivel o con ligera cuesta abajo. El Valle de Oro es un rincón de huertas feraces con caseríos desperdigados y un pueblo en medio de todo ello: Ferreira. Llegamos temprano y aún quedan unas horas de luz que dan tibieza al cuerpo y aromas al aire.

Nos dejamos llevar por Miguel. La gente sale de sus casas a ver la comitiva. Desde los umbrales o desde las huertas, todos saludan; es un acontecimiento único en sus vidas ver un grupo de personas de condición: un respetable magistrado de Real Audiencia, un venerable párroco y un capitán de los tercios, con su uniforme y sus armas.

Antes de llegar a la posada sale corriendo a recibirnos Milagros para contarnos que hay gran preocupación en Ferreira porque el herrero, Suso, que acaba de regresar de Cangas, está enfermo con fiebre y diarreas y la gente piensa que puede ser alguna peste traída en un barco.

—Miguel, tú que conoces a Suso y has estado en su taller más de una vez para arreglar algún cacharro, llégate allí a ver si es tan grave. Y vos, señor cura, lléguese también para rezar por la aldea y para auxiliar al pobre Suso, por compasión. Les prepararemos los aposentos y una buena cena para la anochecida.

Miguel no respondió, se aprestó a acercarse a ver a su compadre, pero don Antón le contuvo un momento.

—Espere, Miguel, que voy a buscar entre los bálsamos y jaleas que nos ha preparado el físico de Vivero, por si hubiera uno que yo he usado en alguna ocasión con padecimientos semejantes.

Tras buscar un rato en la botica trashumante, levantó la mano con un frasco y dijo sonriendo:

—Si es lo que imagino esta noche empezará la mejoría y para mañana, antes de que partamos, se le habrán ido muchas de las calenturas que le acobardan.

Y así, mientras don Antón y Miguel se acercaban caminando unas cuantas casas más allá, don Esteban y yo nos entramos en la posada precedidos por Milagros. Un rapaz, algo más delgado de lo

normal, pero risueño y resuelto, y su hermano menor, que seguramente no pasaba de los 10 años, se llevaron todas las caballerías al establo para limpiarlas, darles de comer y prepararle sus camas de paja, aún olorosas por no del todo secas.

Estrella salió de la cocina con aires de sofoco por el calor de la lumbre, y nos saludó con mucha cortesía, con un deje final de picardía.

—Bien venidas sean sus ilustres señorías, que hace más de veinte años no se han visto en Valadouro personas tan principales y a las que podemos ofrecer lo mejor de la huerta y de la casa. Sus aposentos están arriba, que Milagros, el buhonero y yo quedaremos abajo con padre, que ya no puede subir y bajar escaleras, aunque le gustaría hacerlo para preparar alguna travesura, pues de unos meses acá se ha tornado crío y solo piensa en trastadas de las que se ríe solo.

—Gracias por la hospitalidad —contestó don Esteban—; trataremos de descansar y reponernos bien; que, aunque la jornada no ha sido dura, nos aguardan muchas leguas y muchos días hasta llegar a la Corte, fin de nuestro viaje.

—Parecen espabilados esos mozos que se han llevado los caballos y las mulas —añadí yo, siempre preocupado por las cabalgaduras (y las armas) por mi condición de capitán del Tercio.

—No pierda usted cuidado, que tienen mucho oficio en ello. Su padre tenía buenos caballos y los fue vendiendo a medida que necesitó el dinero, pero enseñó bien a los hijos, a montar y a cuidarlos, hasta que se mató cayéndose de una peña hará cosa de dos años.

Don Esteban subió a su estancia, pero yo seguí la plática.

—¿Hay mucho viajante por aquí? La casona es grande y seguro que podría coger a una buena escuadra.

—Piense que en Ferreira se cruzan los caminos que vienen de la costa, sea de Vivero, de Cangas o de San Ciprián, y van hacia Mondoñedo. En invierno solo se aventuran almas atrevidas, como Miguel, o necesitadas. Pero cuando mejora algo el tiempo sí que

hay caminantes, aunque nunca tan principales. Todo lo más, algún médico o párroco camino de su nueva vida.

—Y, estando rodeadas de montes, ¿no hay peligro con los osos o los lobos?

—Los osos se asustan de la gente y se asustan de las casas y del fuego. Nunca se acercarían, pero sí suponen un peligro para los caminantes solitarios. Seguro que Miguel ya les habrá contado lo de su brazo. Los lobos son otra cuestión. Van siempre en manadas y no temen a nada. Si están hambrientos, pueden atacar a un grupo de hombres armados. Se oyen muchas historias terribles de esos encuentros.

La conversación prosiguió algo más, hasta que aparecieron don Antón y Miguel.

—Creo que la dolencia no es pestilente —dijo don Antón—. He visto muchas veces esos encamados con fiebre, tiriteras y diarrea, sin que hubiera peste en las cercanías. Le he dado el bálsamo y he hablado con él y la familia. Vendrá la hija mayor, antes de dormir, a darnos noticias de la calentura.

—¿De modo que ha sanado cuerpos y no sólo almas, señor cura? —demandó Milagros.

—Después de más de 20 años de mucho recorrer la comarca he visto de todo, desde enfermos a endemoniados. Me acostumbré a llevar pócimas y bálsamos, igual que llevaba crucifijos y reliquias. Más de uno al que llamaban poseído, estaba sufriendo algún mal físico. Y como no había médicos y la gente del lugar era supersticiosa, pues le colgaban el sambenito de poseído por Lucifer. La ignorancia y la superchería son males muy comunes. Yo pensé que eran más propios de aquí, pero hará unos 10 años, encontré en un viaje a Zamora un párroco que venía de Andalucía y me confirmó que allá también abundan. Los ignorantes y los supersticiosos son tontos en alguna forma, y ya dice la Biblia que el número de tontos es incontable.

—No le den más vueltas sus señorías a esas preocupaciones, que ya está aquí la cena: sopa con verduras de nuestra huerta y buey asado con salsa.

Las palabras de Estrella, no por esperadas, fueron dejadas de lado, que todos teníamos gran hambre.

Fuimos cinco a la mesa, pues a nosotros tres se añadieron el párroco de Ferreira, que quería noticia fresca y cierta de lo acontecido en Galdo y Vivero, y un letrado que estaba recorriendo la comarca por un pleito de tierras comunales entre Valadouro y Cangas. Miguel se sentó con las hermanas, como acostumbraba, más cerca de la lumbre, aunque en esa noche estival no fuese tan necesario.

—¿Creerán ustedes que todo el pleito entre los dos pueblos se debe a la enemistad que han cuajado en años dos familias, Escaleiros y Regos?

Con esas palabras nos hacía partícipes de sus desvelos el letrado, don Egidio, sin percatarse de que nosotros también traíamos nuestra propia cuenta de enconos, intrigas y maldiciones.

—¿En qué audiencia están viendo el pleito? —se interesó don Esteban, más por cortesía que por curiosidad cierta.

—En la audiencia de Lugo, pero no rematamos y no parece sencillo alcanzar un punto de acuerdo, pues a cada paso que damos surge una nueva disputa, sea por lindes no bien señaladas, sea por vacas cuyo dueño no es cierto, o por cualquier otra intriga.

—¿Qué magistrado se encarga del pleito?

—Don Cosme, que ya está algo mayor.

—¿Don Cosme Neira?

—Sí, el mismo.

—Es un hombre prudente y juicioso, pero no ha tenido suerte con la salud. Le conocí hace años en Pontevedra. Comenzó a padecer de gota y quiso alejarse del marisco, pero ha dado en Lugo donde se aficionó a la carne de caza, que le ha dado la puntilla. Está pidiendo el traslado a Valladolid u otra audiencia para ver de frenar los dolores. La gota es una enfermedad famosa desde que la padeciera nuestro señor rey don Carlos I.

—Espero que podamos terminar y falle antes de irse; pues, si viene un nuevo magistrado, tardaremos un lustro hasta que conozca todas las tretas y pormenores del caso.

Mientras duraba la conversación, los dos párrocos se hablaban con los ojos. Al finalizar el queso con miel que trajeron de postre, nos comentaron que pasarían un rato juntos, haciendo sus rezos, pero todos sabíamos que querían conversar sin oídos ajenos a las reglas canónicas.

—Como me place pasear un poco después de cenar, si no lo considera inoportuno me acercaré a la rectoral y así volveremos juntos —le propuse a don Antón.

—Me parece muy bien, que después de anochecido es más seguro ir acompañado, y no lo digo por las acechanzas sino por las caídas, que a mis años son muy peligrosas y sus secuelas nada pasajeras.

A poco de irse los dos clérigos apareció Cósima, la hija del herrero.

—A mi padre parece que le bajan las calenturas. Toda la familia está rezando de gracias y quiere traerle un regalo mañana a don Antón.

—Ha salido con el párroco de Ferreira a hacer sus rezos. Cuando regrese le contaremos que su padre mejora y que están todos más tranquilos. Vuelve a casa y descansa, que habréis pasado un día de mucha ansiedad.

—Mañana nos acercaremos a ver a tu padre —añadió Miguel— antes de iniciar la jornada que nos ha de llevar a Mondoñedo. Me alegro de que mejore mi compadre, que es buen hombre y buen herrero, aunque tiene que cuidarse el apetito tan voraz que le acompaña donde quiera que vaya.

Nos despedimos todos y yo me eché a andar bajo las estrellas y una luna menguante hacia la iglesia y la casa del cura. Cuando me vieron llegar los dos párrocos se despidieron con un abrazo, demasiado largo y sentido como para ser un hasta otro día. Don Antón, que notó mi extrañeza, se agarró de mi brazo.

—Capitán, no siempre sabe uno cuándo va a volver a ver a un amigo. Conozco a don Felipe, el rellenito le llamábamos en el seminario, desde hace más de treinta años y no solemos vernos

a menudo. Ahora, por las circunstancias del viaje, hemos podido conversar y no sabemos si volveremos a vernos.

—Don Antón, habla como si presintiese algo extraño. Si todo sale como está previsto, en unos pocos meses regresará a Vivero. No se me antoja ningún peligro o percance que pueda torcer esto.

—Las odiseas de cada cual no están escritas. Con frecuencia hay que tomar decisiones importantes que nos llevan por otros derroteros. Si se cumple mi destino, puede que resulte mucho más complicado de lo que parece un retorno a la rutina de mi parroquia.

—Me deja boquiabierto. Siempre creí que la vida al lado de Dios era tan poco mudable como los sillares de los muros de las iglesias.

—Pero Dios está en todas partes y, a veces, le puede llamar a uno para que acuda a otro lugar donde más falta haga.

—No le quito la razón, que Dios está en todas partes y en todas partes ejerce su Providencia, y yo soy buen ejemplo de ello. Y hablando de Providencia, el herrero ha empezado la mejoría. Vino la hija a avisarnos de que las calenturas estaban remitiendo. Nos acercaremos mañana antes de partir para confirmar la mejoría.

—Me alegro por él y por nosotros, que podemos ir haciendo el bien, aunque sea limitado a nuestros pobres medios.

—En lo de procurar hacer el bien también estoy de su parte, y es algo que me ha acompañado siempre. Desde que mis padres y don Ramiro, el párroco de mi Suances, me lo inculcaron de niño. No crea que don Ramiro se quedó en el catecismo, que a un grupo de niños nos enseñó a leer y escribir, y a unos pocos más nos acercó hasta los números, que muy buen servicio me ha hecho todo ello en mis años en la milicia.

—Capitán, si no le importa dejaremos la conversación para otro día, que no quiero desvelarme más antes de dormir. Ha sido un día de muchas emociones y evocaciones para mí y necesito el sueño para compensar las inquietudes y el lumbago.

Al llegar a la casona he escrito estos folios, en una de las mesas de la cocina, a la luz del candil que tenía a mano y de la poca lum-

bre que quedaba en el hogar. La posada tiene un zaguán enorme, del que se abren varias puertas y portones. Uno de los portones lleva a la cocina donde están las mesas de comer y siempre hay leña ardiendo en el hogar. Otras son camino de aposentos o del cuarto de utensilios, y una, de dos hojas, da al patio trasero donde están los establos, la vaquería y un corral. La huerta, que provee de una buena parte de las provisiones, está dos casas más allá en medio de otras pequeñas carotadas. Algunas huertas son tan pequeñas y estrechas que casi hay que andar y trabajar de perfil para no invadir a las vecinas. Voy a dormirme. Antes, miro por un ventanuco intentando averiguar por la Estrella Polar hacia dónde cae la comarca de Vivero, mi hogar de las últimas semanas.

Capítulo III

La pequeña comitiva se pone en marcha hacia la casa de Suso, el herrero enfermo, temprano, después de una breve colación para entonar el cuerpo. En nada llegamos y nos encontramos con toda la familia dormida. Un muchacho, Crispín, nos sale al paso y avisa de que va a llamar a su madre. En un instante toda la casa está hecha una algarabía. Nos ofrecen más comida que rechazamos, pero nos llevamos un pequeño odre de vino para acompañar el camino. También nos ofrecen unas mantas, para cuando haga frío en los montes. Como ya llevamos de todo y no queremos recargar a las caballerías, agradecemos el gesto y les indicamos que mejor servicio le harán a alguna familia del pueblo o a don Felipe, el párroco, que sabrá en qué emplearlas.

Tras comprobar que, efectivamente, la medicina y no los *conjureros*, a que tan dados son por estas tierras, ha cumplido su cometido, nos despedimos y salimos al camino de Mondoñedo.

—¡Qué buen principio de jornada, don Antón! —comenta el oidor.

—Si es realmente un signo, tendremos buena marcha, pero recuerde su señoría que es difícil distinguir los signos de las corazonadas o de los presagios. Los primeros nos los envía el Altísimo, como al emperador Constantino; los otros son más humanos y, como tales, propensos al yerro.

—Lo que sí es verdaderamente cierto es que este hombre ha pasado del peligro y en breve podrá hacer vida normal. Muy buena la idea de acercarle el bálsamo, don Antón. Y la familia llevaba

tanto cansancio encima por la vela que casi no despiertan esta mañana. Nosotros en el Tercio llevábamos también ungüentos, bálsamos y pócimas, pero más con vistas a la limpieza de las heridas que a las enfermedades del cuerpo y de sus humores.

—Si me permiten sus señorías, yo también me complazco de que sane Suso, que hace muy buen oficio en Ferreira y otros pueblos de donde le mandan llamar. Y si me permiten una indiscreción, creo que el vino que nos ha regalado en el odre es elixir de ángeles, que acompañará muy bien al queso, tocino y pan que llevamos. Pero les adelanto que es fuerte y tras un par de tragos largos será menester descansar o dormir un rato, no sea que prosigamos demasiado pronto y nos llegue el sueño mientras cabalgamos.

—Tomaremos buena nota de la advertencia.

Un pequeño gentío se reúne para darnos la despedida a la salida del pueblo por el camino de Mondoñedo; casi cincuenta almas, que es mucho para esta población.

Valadouro, el Valle de Oro, es un conjunto de pequeños valles comunicados entre sí; muy fértiles, con pastos y huertas y algunos campos dados al centeno, en las laderas de las suaves colinas circundantes. Durante legua y media vamos por un camino orlado de aldeas y caseríos: A Pena, Vilande, Castrodouro. En este último, el camino pasaba no muy lejos del magnífico torreón que allí llaman *castelo*, por su carácter de gran casona fortificada, quizás torre del homenaje y único resto de un antiguo y más amplio castillo. Por todas partes encontramos gentes laboriosas que dejan momentáneamente sus quehaceres para saludar a lo lejos. Algunos mozos y niños se acercan a ver mi espada, a comprobar que es auténtica y se alejan cuchicheando mil batallas imaginadas. Otra media legua, más allá de A Camariña, nos lleva por caminos pendientes, que suben más suaves que los de ayer, por entre sotos y brezos hasta un collado.

Al coronar hallamos un crucero de piedra, de esos que abundan en los caminos gallegos. Es una cruz tallada en granito berroqueño, colocada sobre un fuste casi cuadrado, menos trabajado que la

cruz, y un pedestal de varios escalones. Nos santiguamos al paso y volvemos la vista atrás. Estamos mirando hacia el Valle de Oro con el sol de espaldas. Es una visión como la del paraíso. Estamos absortos en nuestras cavilaciones y Miguel nos hace regresar al ahora diciendo:

—Vean vuestras señorías cómo Dios quiso hacer rincones plácidos para los hombres, bien defendidos por montañas, para señalarles que no estaba enojado con los hijos de Adán y Eva a pesar de su desvarío en el paraíso.

—¡Una excelente lección de teología y misericordia para venir de vos, que ayer dijisteis que no pasabais más allá de la existencia de la Trinidad!

—Don Antón, después de muchos días de camino, de penas y soledades, he aprendido a solazarme con lo que Dios nos ha puesto ante los ojos. Hay quien vive y hasta puede recorrer el mundo sin darse cuenta de todo lo que le rodea. Llevo muchos años de espíritu inquieto y no sé cuándo me percaté de que la naturaleza nos da mucho más que comida, leña y cobijo. Puede que fuera el oso que me atacó o alguna aventura de la que ni siquiera me queda el recuerdo, pero sí que me dejó una siembra en el alma que va creciendo y me dice que tengo que ver los montes, los valles y los ríos con otros ojos.

—Gran sabiduría entrañan esas palabras. A muchos nos ha pasado algo semejante —coligió don Esteban—. Lo único que yo añadiría es que con frecuencia la causa de los cambios es una persona. Además de ángel de la guarda podemos tener alrededor ángeles sin alas que ni ellos mismos saben que lo son. Verdaderamente el valle es acogedor. Bueno, no nos pongamos muy filosóficos que aún nos quedan tres leguas y un descanso junto a un arroyo de los que alimentan el río que viene de Mondoñedo al mar.

Una legua más allá llegamos a unas cuantas casas junto al arroyo de Coubeira y en un pequeño prado descabalgamos para almorzar. Miguel y yo preparamos las viandas sobre un paño que cubría una losa algo elevada sobre la hierba, seguramente para marcar un linde o que hubiera servido para sostener un crucero o un hito.

Don Esteban y don Antón se alejaron algo más de un tiro de piedra por sendas veredas para desaguarse.

Cuando estuvimos todos juntos, don Antón rezó por la comida, por nosotros, por lo que habíamos dejado atrás y por lo que aún nos esperaba en la vida.

Igual que ayer noche, cuando le vi despedirse del párroco de Ferreira, me asaltó una curiosidad y una desazón por la liturgia empleada, muy solemne para unos trozos de pan, con queso y tocino, y vino del herrero, por muy buenos que fueran los manjares. Pensé que aprovecharía alguna ocasión para conversar con él y descubrir la causa.

—¿Qué les parece a sus ilustres señorías este vino? ¿Es o no un bálsamo salutarífico para el ánimo si está decaído o para acrecentar el coraje si se va a acometer una hazaña?

—Para reconfortar el ánimo o aprestarse en la batalla me parece bien, pero es fuerte y no sería recomendable pasar de una copa si se está en medio de una reflexión que exija gran concentración. Aun estando de viaje, sin preocupaciones cercanas en demasía, sugiero no pasar de la segunda copa para no retrasar el viaje con siestas innecesariamente largas —arguyó don Esteban.

—El vino está recio, pero se deja beber muy bien y acompañado de pan y tocino, (para mí mejor que de pan y queso) sienta el vientre y lo templá después de los vaivenes del mulo. En estas tierras del norte de Galicia no hay vino, salvo muy agrio, por lo que supongo que llegará embarcado a algún puerto cercano —comentó don Antón.

—A lo que yo sé —dijo Miguel— llega vino a Vivero y a Foz, que tienen comercio con muchas tierras del rey e incluso con Francia y otros reinos más lejanos. Ferreira es cruce de caminos y Suso hace trabajos en la costa, por lo que tiene dobles suertes para hacerse con buenos odres. Además, es hombre que entiende y sabe distinguir y elegir, aunque no sé de dónde habrá sacado un herrero estos dones.

—Los dones son regalos de la Providencia y no guardan relación con otras cualidades de las personas. Hablando del vino y de

sus efectos sobre el ánimo o el coraje, les diré que en los Tercios en que yo serví se tenía a gala no probarlo el día anterior ni el propio de una gran batalla, hasta que esta se hubiera dado por terminada por el maestro de campo. Entonces sí que se permitía francachela y más de algún que otro exceso, licencia que no era dada a quienes debían permanecer de día o de guardia, atentos a cualquier amenaza o sospecha sobre el campamento. En cierta ocasión, allá en Milán, en tierras del rey, llegó a mis oídos noticia de algunos jefes, sargentos, capitanes que perdieron sus honores por no saber parar a tiempo en el beber o no impedir que su tropa mantuviera la templanza.

La conversación decae y, mientras mis tres compañeros de viaje duermen la siesta, me apresto a escribir unos folios con lo más granado de esta primera parte de la jornada.

Seguimos entre castaños y robles, cerca del arroyo, sobre un prado de fina hierba que compartimos con unos bueyes que mansamente pastan algo más allá. Un par de críos de la aldea se acercan al arroyo a pescar ranas y renacuajos. No se les da muy bien y, tras un tiempo prudencial de infructuosos intentos, regresan a sus casas no sin antes acercarse un poco a ver de cerca la espada que tengo yaciendo junto a mis botas.

El tiempo sigue tibio y bonancible, unas pocas nubes se atreven a cubrir un retazo de firmamento. Bandadas de pájaros se entrecruzan buscando dónde posarse o dónde anidar. Este cuadro debe parecerse a lo que cantaban los poetas romanos que me enseñaba don Ramiro en Suances: Virgilio y Horacio. Sí, verdaderamente esto es *beatus ille* para quien logra solazarse con estos campos y esta naturaleza. Creo recordar que los antiguos la llamaban *estampa bucólica*. Debe ser lo más cerca que está un hombre del paraíso, aunque se echa en falta un alma con quien compartir y en cuyo espejo recordar los dones de la Providencia.

He pasado muchos años sin percibir esta ausencia de alma espejo; ahora tendré que sobrellevar el oneroso pesar de descubrir la ausencia. Parece que se reblandece la coraza que he formado alre-

dedor de mi alma durante estos años de milicia, coraza necesaria para soportar el dolor y el sufrimiento de ver a mis amigos y a mis soldados caer heridos y muertos. Los ojos se me humedecen por los recuerdos. Tengo pensado que me serán de gran ayuda estos folios de presente y de recuerdos para derribar mis murallas de Jericó.

Ha transcurrido un buen tiempo, que no estimo en justa medida, porque cuando uno sueña despierto o rememora, todo acontece sin que fluya el vivir, que queda esperando hasta que se retome el día a día y retorne la percepción de lo cercano. Mis tres compañeros están durmiendo: don Antón ronca plácidamente con un suspiro sosegado. Don Esteban y Miguel parecen ausentes, sin más, de su aquí y ahora.

Acostumbrado como estoy a las guardias de campamento y a la vela no me ataca el sueño. Además, fiel a mi costumbre del Tercio apenas he probado el vino. Una copa pequeña para no hacer de menos al regalo del herrero que nos ha servido Miguel.

Aprovecho incluso para dar un corto paseo junto al arroyo, para mirar las herraduras de las caballerías y para lavarme la cara y manos en las frescas aguas que corren sin importarles a dónde irán ni qué les espera tras el siguiente recodo.

¡Qué diferentes las personas de los seres inanimados! Nosotros siempre cavilando, siempre preocupados por lo que nos deparará el futuro. Como decía mi alférez de la última compañía, Bernardo, el futuro lo construimos nosotros con nuestras decisiones y nuestras acciones, incluyendo en estas el no hacer nada; el *farniente*, como dicen los italianos, que tan importante es. Hay que tener sabiduría para distinguir cuándo hay que hacer y cuándo hay que omitir, igual que para saber cuándo hay que hablar y cuándo hay que callar. Muchos he conocido que traspasan el umbral de la prudencia con su charlatanería.

Voy a despertarles ya, que buen reposo han tenido, para ver de llegar a Mondoñedo con tiempo de presentarnos al señor obispo y poder conversar un buen rato antes de la cena. Preparo las sillas,

los cordajes y petates para que todo esté presto antes de que despierten. Vienen en mi ayuda para espabilarles un grupo de bueyes que se acercan al arroyo a beber con sus sonoros cencerros y arman gran ruido.

Despiertan con cierto sobresalto creyendo que es una estampida que se acerca, pero se serenán al ver a los mansos con su lento vaivén, empujándose unos a otros para alcanzar la ribera con buen pie.

Recojo mis últimos folios, guardo la pluma y la tinta y enrolló mis útiles en la grupa del caballo que llevo, un alazán que tiende al nombre de Ligeró, por ser de paso rápido y no mucha grupa.

